

la ciudad y ha señalado –por ejemplo, en el caso de Madrid– grandes ocasiones que se podrían haber aprovechado y no se ha hecho; ¿qué responsabilidad achaca a la Administración en esta pérdida de oportunidades para la construcción de la ciudad?

–A la arquitectura pública le pasa lo de siempre: está manejada por intereses políticos de tipo muchas veces muy discutible y muy bastardo. Ahora, por ejemplo, ha habido el planteamiento del nuevo Ministerio de Asuntos Exteriores que van a poner en el antiguo INI. Hay otra cosa que a mí me preocupa mucho en Madrid, que no sé cómo se resolverá –me figuro que mal: los alrededores de San Francisco el Grande. Es un problema muy importante. San Francisco el Grande es un monumento importantísimo de Madrid, yo creo que obra fundamentalmente de Sabatini (porque aunque el proyecto es del padre Cabezas, el que le puso el marchamo final, el toque final, fue Sabatini). Derribaron el antiguo convento (que se utilizaba como cuartel: yo, cuando hice el servicio militar, era la caja de reclutas). Aquí derribar nos encanta: no sé si es de tradición islámica o qué, pero nos encanta. Y ese derribo ha sido funesto, porque era un bloquetón espléndido, que además tenía unos patios sólidos a lo Sabatini. Ahora veremos qué bobada se hace ahí.

Señor Ministro, le pido el indulto para tres edificios de Madrid

–Cabe, al respecto, traer a colación su memorable artículo sobre las víctimas de la «piqueta madrileña», en el que pedía con vehemencia que se aboliera, en nuestra ciudad, la «pena de muerte» para los edificios...

–Se salvaron con eso dos edificios: el Hospital General de la calle Atocha –hoy Museo Reina Sofía–, y las Escuelas Aguirre, de Ayuso. No pude salvar el de los Jareños. La intervención de la plaza de Colón ha sido inenarrable. Además, yo creo que el alcalde don Carlos Arias Navarro me odiaba y que en alguna ocasión dijo: «Yo a Fernando Chueca lo meto en la cárcel si hace falta».

–No le perdonó aquello. Hay alcaldes que tienen la triste gloria de pasar a la historia por su fervorosa dedicación a destruir la ciudad: a Arias Navarro, entre otras cosas, le cabe el honor de haber sido pionero en esto de la rendición incondicional de la ciudad al automóvil: dismanteló los bulevares, montó el scalextric de Atocha, empezó con los puentes y subterráneos. Parece que Madrid, lamentablemente, no ha tenido mucha suerte con los alcaldes.

Los tres lenguajes de América

–*Estamos hablando del patrimonio urbano de Madrid, de las ciudades españolas, pero me gustaría que usted, que es persona muy conocida y muy querida en el ámbito de Hispanoamérica, y experto conocedor de su patrimonio arquitectónico y urbano, me diera su parecer sobre la evolución que siguen las ciudades de allí.*

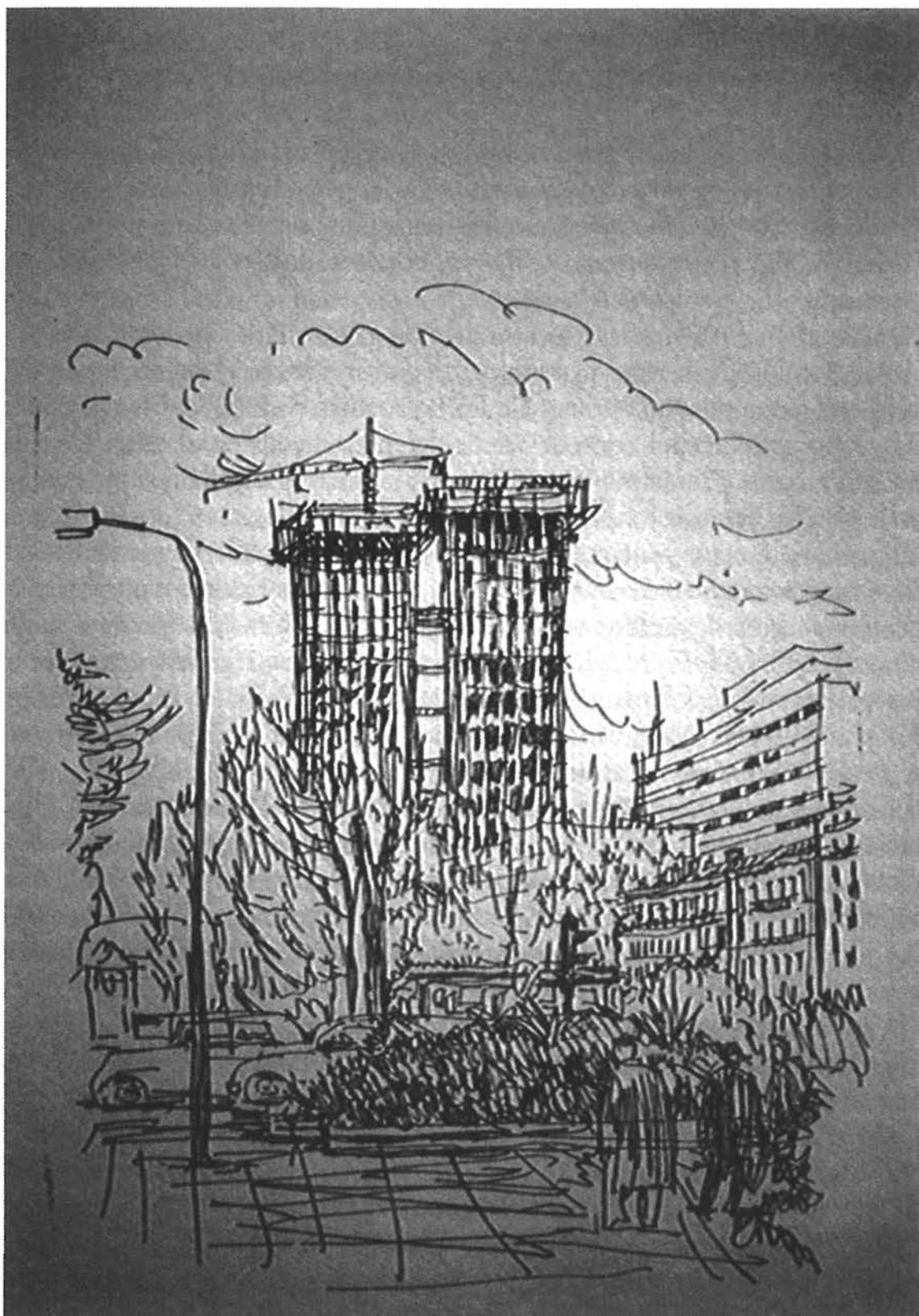
–Yo quiero mucho a todo ese patrimonio. He hablado mucho no sólo de la arquitectura, sino de lo que representa para España el Nuevo Mundo; hoy, naturalmente, ya tiene lograda su independencia, pero esa independencia no quita para que la comunidad espiritual, artística y cultural entre ambos mundos siga existiendo. Escribí –hace tiempo– una cosa sobre los tres lenguajes de América: la religión, la arquitectura y la lengua.

El lenguaje, en fin, es ya una cosa que nos unirá para siempre y además, gracias a Dios, los escritores americanos están considerados como escritores de una comunidad –mira el premio Cervantes, por ejemplo–: es una comunidad cultural indiscutible.

La religión, con todo lo que la religión pueda tener ahora de vigencia. Yo he citado una vez cómo una mujeruca, pobre anciana, me dijo en una plaza de México: «Ay, señor, ¿cuál es el Cristo que se venera en esa ermita?»; yo no lo sabía, pero dije: «Cristo de la Agonía». Me produjo aquello una gran impresión. «Yo tengo que responder a esa mujer, porque se dirige a mí como si yo fuera un señor importante que debe saberlo». Y luego me enteré de que era el Cristo de la Expiración. La arquitectura es un trasvase del barroco nuestro al barroco de ellos, recreándose. Me llamaban esta mañana, precisamente, porque me van a dar el libro que hizo Juan de la Encina, de un curso que dio en México sobre los *Invariantes castizos*, y los *Invariantes castizos* han tenido en América, si se quiere, mayor repercusión que en España, y como luego lo amplié con los *Invariantes castizos de la arquitectura hispanoamericana*, eso ha tenido allí un gran fermento.

–*De su amplísima obra literaria acerca de la arquitectura y el urbanismo (obra tan diversa pero formando un cuerpo tan vertebrado) acaso sea este libro de los Invariantes castizos de la arquitectura española el más importante que usted ha escrito. Se cumplen ahora, me parece, los cincuenta años de aquella primera edición (una rareza bibliográfica, ya) y parece que ha gozado de una salud envidiable: tiene una vigencia absoluta, incluso parece rejuvenecer.*

–Deprime un poco, no creas, porque si lo mejor que yo he escrito es casi lo primero que escribí... Porque antes de los *Invariantes castizos* yo no había escrito más que un librito sobre el palacio de Buena Vista, ese famoso pro-



Fernando Chueca Goitia:
El Paseo de Recoletos (Madrid) con las Torres de Colón en obras

yecto; pero uno de mis libros de primera es los *Invariantes*; digo que podía haber dejado de seguir escribiendo, porque ya dije lo más importante.

Soy el único arquitecto vivo que ha ampliado el Prado

–Una pregunta que no puedo dejar de hacerle: usted ha estudiado como pocos la figura y la obra de Villanueva; en concreto, el edificio del Museo del Prado. En este edificio realizó una importante intervención, allá por los cincuenta; y, muy recientemente, se ha presentado al célebre concurso para su ampliación. En el impasse que ha abierto este concurso, ¿cuál cree usted que sería la salida más airosa? ¿Qué se debe hacer con el Museo del Prado?

–Esto es toda una larga historia porque soy, además, el único arquitecto vivo que ha ampliado el Prado. He hecho además con Rafael Manzano dos proyectos para la ampliación del Prado en época en que era director general de Bellas Artes, Florentino Pérez-Embid. Al principio no diré que me odiaba pero casi. Yo era director del Museo de Arte Contemporáneo; lo primero que hizo, al ser director general, fue destituirme; pero luego, a través de Rafael Manzano, se congració conmigo, porque le pidió que le hiciera un proyecto para ampliación del Prado, y Rafael le dijo: «Mira, Florentino, yo no te hago un proyecto si no es colaborando con Fernando Chueca». Hicimos un proyecto: ese proyecto lo estropeó Florentino, despreciando al párroco de los Jerónimos. Después hicimos un segundo proyecto con Florentino, que fracasó porque se lo llevó a Carrero Blanco el día que lo mataron. Luego viene el concurso y naturalmente, por tradición y por decoro, Rafael Manzano y yo presentamos un proyecto –que era bastante sensato– y lo echan abajo *los vanguardistas*: porque no era «arquitectura de nuestra época», porque había que crear una arquitectura de tipo más o menos espectacular; y como la mayoría del jurado era de arquitectos extravagantes, modernos y extranjeros, a los cuales les tenía sin cuidado el Museo del Prado como obra de Villanueva...

–Se ha dicho que algunos de ellos no conocían de cerca la obra de Villanueva, y se sorprendieron al ver con qué pedazo de arquitectura se las tenían que ver.

–Ni lo conocían y dijeron de nuestro proyecto que era un proyecto tradicional, clasicoide, etc. Luego ya viene el desastre, veo que la Administración no sabe ahora qué hacer. Será una barbaridad trasladar el Museo del Ejército, porque ese museo –que es un poco *demodé* como museo pero importantísimo como contenido– lo van a echar a perder. Otra vez volvemos a esas improvisaciones y ligerezas del mundo gubernativo, que no oye más que sus propios intereses.

Javier García-G. Mosteiro